

L A B O R A D O

SEMANARIO

DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 6 de Marzo de 1873.

Núm. 21.

SUMARIO.

Necesidad de una industria para la mujer—por la Señora Mercedes Cabello de Carbonera. A Rosa, poesia por la Señora Manuela Villarán de Plasencia.—El alma de Fr. Venancio. Conseja tradicional por Ricardo Palma—Plegaria, poesia por Luis del Lago—Critica Literaria, por José Antonio Calcaño.—Las Rosas, poesia por el Chico Terencio.—Opinion de Olavide sobre la poesia, por Constantino Carrasco.—Precocidad, poesia por Gustavo de la Fuente.—Las cuatro Estaciones, por Paulino Fuentes-Castro.—Colaboracion Argentina.—La Pampa, impresiones por Rafael Obligado.—Mosaico, por la señorita Adriana Buendía.—Soluciones.—Charada.—Adivinanza.—Errata.

NECESIDAD DE UNA INDUSTRIA

PARA LA MUJER.

LA mujer debe ó nó recibir una educacion industrial? Cuestion es esta que siempre hemos mirado como de vital importancia para la moral pública, para la prosperidad de la industria, y para el bienestar y la felicidad de las familias.

No será demas hacer aquí una pequeña aclaracion, puesto que en nuestros escritos anteriores, hemos hablado extensamente de la necesidad de su educacion científica, la que miramos como precursora de esta otra.

Respecto á su educacion industrial, nos referimos principalmente, á aquella clase tan numerosa en nuestra sociedad, que sin gozar

de los bienes de la fortuna, tiene que conservar una posicion social, que les impide ejercer todas aquellas faenas de la clase trabajadora del pueblo.

Allí es donde la verdadera miseria se presenta con todos sus horrores; allí es donde los sacrificios de todo género torturan el corazon y agobian la naturaleza; allí es donde las necesidades y la escasez, dificultan de tal modo los matrimonios, que llega el dia en que la mujer se halla sola, sin apoyo, y sin recursos de ninguna clase, sin mas perspectiva, que un porvenir que se le presenta rodeado de todos los azares y las penalidades de la miseria. Hácia allí es adonde quisiéramos hacer fijar la mirada de las sociedades de beneficencia y de las municipalidades, para salvar á esa porcion desgraciada, tan digna de amparo y que muchas veces se halla arrastrada á la prostitucion, como único recurso para salvar su situacion angustiosa. Nada hay mas triste que la impotencia á que se ve reducida una mujer, cuando llega á comprender la dura necesidad de trabajar para vivir. Muchas se ven en la horrible situacion de entregar su corazon á un hombre por quien no tienen ninguna afeccion, solamente porque no les es posible subvenir por sí solas á las necesidades de la vida; llevando así al hogar doméstico, ese vacío espantoso que deja una union que solo ha formado el interés, vacío que se torna en un abismo en el que van á sepultarse todos los goces de la familia, y que solo puede llenar el amor, bálsamo prodigioso para todos los pesares de la vida conyugal.

Trabajar porque se desarrollen las industrias en que puedan tomar parte las mujeres, es abrir un vasto campo á la prosperidad y riqueza pública, y poner un dique poderoso á la corrupcion de las costumbres, cumpliéndose

al mismo tiempo un deber sagrado de justicia y de humanidad.

El trabajo de la mujer, aunque no es tan productivo como el del hombre, es mas seguro, por cuanto ella no está sujeta á los vicios que con frecuencia corrompen á la clase trabajadora, y que es de tan funestos resultados.

La necesidad del trabajo de la mujer se hace sentir mas en estos países sudamericanos, en que la falta de brazos para toda clase de empresas, dificulta la industria, y paraliza en gran parte el comercio.

No necesitarémos enumerar aquí, todas las clases de industrias en las que pueden trabajar las mujeres. Demasiado fácil es conocerlas, y todas ellas las creemos mucho mas accesibles de implantarlas en nuestro país que las que requieren la fuerza é inteligencia del hombre.

Muchas labores industriales como la litografía, la fotografia, la tipografía, &., &., & pudieran ser perfectamente desempeñadas por mujeres. Se nos objetará talvez, que esta clase de trabajos no les están prohibidos; pero es sabido, que en todas las innovaciones que tienden á desarrollar el progreso de un país, el pueblo permanece casi siempre pasivo, y necesita para tomar esa direccion, del primer impulso que debe venir siempre de arriba; sea bajo la forma de una ley, ó bajo la proteccion de las sociedades de beneficencia.

Para implantar en el dia, una industria que proporcione trabajo seguro y adecuado á la mujer, no seria preciso sino la proteccion del gobierno y de las municipalidades, para cuyo objeto debieran trabajar simultáneamente.

La cuestion la creemos de mas importancia de lo que parece á primera vista, principal-

mente en la actual situación de escasez y de angustiosa miseria.

Cuántas veces se nos presenta el cuadro desgarrador de una familia, cuyo padre ha muerto dejando en la más espantosa miseria, un número crecido de jóvenes que no han recibido otra educación, que aquella que se da á las niñas de la primera clase; es decir, que tienen todas las necesidades y delicadeza de las clases acomodadas. Este espectáculo es por desgracia harto frecuente en nuestra sociedad, y á su vista preguntamos con el corazón destrozado de dolor: ¿cuál será el porvenir de esas infelices criaturas? Fácil es comprenderlo. Si están grabados en su corazón, con caracteres indelebles, los principios inquebrantables de la moral y de la virtud, se entregarán á un trabajo ímprobo é insuficiente para llenar sus necesidades, cuyas fatigas marchitan su juventud y destruyen su naturaleza. Sabido es que el trabajo de la aguja es el único recurso que tiene la mujer en nuestro país; que además de poco productivo, es perjudicial á la salud; por cuanto que daña uno de los órganos más esenciales á la vida, á lo que contribuye poderosamente nuestro clima débil; resultando de aquí, que casi todas las que se entregan á esa clase de trabajo son víctimas de la tisis pulmonar.

Si, por el contrario, solo han recibido ese barniz superficial, que deja el corazón y el alma vacíos, de todos los principios religiosos y morales en los que debe fundarse una educación sólida, para servir de escudo contra los vaivenes de la fortuna; veremos bien pronto, esas almas juveniles, que nacidas para el bien, y que poco há llevaban sobre su frente la aureola de su pureza, arrastrarse envilecidas, y manchadas en el fango de la corrupción.

Esta es, desgraciadamente, la historia de casi todas aquellas desventuradas, que se han lanzado en la senda del vicio, á donde jamás hubieran llegado, si les hubiera sido posible ejercer una industria honrosa y lucrativa.

La mujer tiene naturalmente grabado en su alma, un fondo de moralidad tan incorruptible, que es necesario para extraviarla, que contribuyan causas tan poderosas, como la miseria y el abandono.

Ante esta horrible verdad que todos reconocemos, ¿será posible que se mire con tanta indiferencia, un asunto que puede ser la llave que nos abra las puertas de nuestra futura grandeza y felicidad?

No nos cansaremos de repetirlo. Proporcionése trabajo á la mujer, porque al hacerlo, se abre una fuente de moralidad y riqueza pública. Protejedla, proporcionándole un trabajo fácil y adecuado á sus fuerzas, para que al verse sola y abandonada en el mundo ese ser débil y desgraciado, encuentre otra áncora de salvación, que no sea la corrupción de su alma y el comercio de su cuerpo. Protejedla, satisfaciendo á la justicia, satisfaciendo al deber, satisfaciendo á la conveniencia social. Protejedla, porque al hacerlo salvais en cada una de ellas, una víctima de la corrupción y el infortunio, y elevais á la sociedad una mujer que puede ser para la industria, un obrero moral y trabajador, y para la familia una madre piadosa y una esposa feliz.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

A ROSA.

Confieso que es verdad, querida Rosa,
Que estrofas dediqué á muchas amigas
Mas no por esto creas, ni me digas
Que soy contigo poco cariñosa.

Me gusta más el verso que la prosa,
Y en decirlo un gran yerro he cometido;
Pues un album tras otro he recibido
Y he puesto por dar gusto cualquier cosa.

Que no hice nada bueno bien has visto;
Pero si exiges algo de mi musa
No pretendo oponer ninguna excusa
Ni creas que por ello me contristo.

Que aunque seguramente desentone
Y aunque te cante peor que la lechusa,
Yo daré por disculpa que eso se usa
Que en compromiso tal tu amor me pone.

MANUELA VILLARÁN DE PLASENCIA.

EL ALMA DE FRAY VENANCIO.

(CONSEJA TRADICIONAL.)

Allá por la primera mitad del anterior siglo no se hablaba en Lima sino del alma de un padre mercedario que vino del otro mundo, no sé si en coche, navío ó *pedibus* andando, con el expreso destino de dar un susto de los gordos á un comerciante de esta tierra. Aquello fué tan popular como la procesion de ánimas de San Agustín, el encapuchado de San Francisco, la monja sin cabeza, el coche de Zavala, el alma de Gasparito, la mano peluda de no sé qué calle, el perro negro de la plazuela de San Pedro, la viudita del cementerio de la Concepcion, los duendes de Santa Catalina y demas paparruchas que nos contaban las abuelas, haciéndonos tiritar de miedo y rebufarnos en la cama.

De buena gana querria dar hoy á mis lectoras algo en que no danzasen espíritus del otro barrio, aunque tuviera que echar mano de la historia de los hijos de Noé, que fueron cinco y se llamaron Bran, Bren, Brin, Bron, Brun, como dicen las viejas. Pero es el caso que una niña muy guapa, y muy devota á la vez, me ha pedido que ponga en letras de molde esta conseja, y ya ven ustedes que no hay forma de esquivar el compromiso.

I.

El padre Venancio y el padre Antolin se querian tan entrañablemente como dos hermanos, se entiende como dos hermanos que saben quererse y no andan al morro por centavo más ó menos de la herencia.

En el mismo dia habian entrado al convento, juntos pasaron el noviciado y el mismo obispo les confirió las sagradas órdenes.

Eran, digámoslo así, Damon y Pithias tonsurados, Orestes y Píldes con cerquillo.

No pasaron ciertamente por frailes de gran ciencia, ni lucieron con sermones gerundianos, ni alcanzaron sindicato, procuracion ó pingüe capellanía, y ni siquiera dieron que hablar á la murmuracion con un escándalo callejero ó una querrela capitular.

Jamas asistieron á lidia de toros, ni despues de las ocho de la noche se les encontró bariendo con los hábitos las aceras de la ciudad. Vamos! ¿Cuando yo digo que sus reverencias eran unos benditos!

Eran dos frailecitos de poco meollo, de ninguna enjundia, modestos y de austeras costumbres, como quien dice, dos frailes de misa y olla y pare usted de contar.

Pero ni en la santidad del claustro hay espíritu tranquilo y, aunque no mundana sino

muy ascética, fray Venancio tenia una preocupacion constante.

Los dominicos, agustinos, franciscos y hasta los juandedianos y barbones ó beletmitas, ostentaban con orgullo, en su primer claustro, las principales escenas de la vida de sus santos patronos pintadas en lienzos, que á decir verdad no seducen por el mérito artístico de los pinceles.

¡Qué vergüenza! Los mercedarios no adornaban su claustro con la vida de San Pedro Nolasco.

Al pensar así, habia en el ánimo de nuestro buen religioso su puntita de envidia.

Y esto era lo que le escarabajaba á fray Venancio y lo que hizo voto de realizar, en pró del decoro de su comunidad.

El padre Antolin, para quien el padre Venancio no tenia secretos, creyó irrealizable el propósito; pues los lienzos no los pintan ángeles sino hombres, que, como el abad, de lo que cantan yantan. Segun el cálculo de ambos frailes eran precisos diez mil duros, por lo menos, para la obra.

El padre Venancio no se descorazonó, y contestó á su compañero que con fé y constancia se allanan imposibles y se verifican milagros. Y entre ellos no se volvió á hablar más del asunto.

Pero el padrecito se echó pacientemente á juntar reales y cada vez que, de las economías de su mesada conventual, alborosques, limosna de misas y otros gajes, alcanzaba á ver apiladas sesenta pulidas onzas de oro, íbase con gran cautela al portal de Botoneros y entraba á la tienda de don Marcos Guruceta, comerciante que gozaba de gran reputacion de probidad y que por ello era el banquero ó depositario de los caudales de muchos prójimos.

Y el depósito se realizaba sin que mediase una tira de papel; pues la honorabilidad del mercader, hombre que diariamente cumplia con el precepto, que comulgaba en las grandes festividades y que era mayordomo de una archicofradia, se habria ofendido si alguno le hubiese exigido recibo ú otro comprobante. ¡Qué tiempos tan patriarcales! Haga usted hoy lo propio y verá donde le llega el agua.

Sumaban ya seis mil pesos los entregados por fray Venancio, cuando una noche se sintió éste acometido de un violento cólico *miserere*, enfermedad muy frecuente en esos siglos, y al acudir fray Antolin encontró á su *alter ego* con las quijadas trabadas y en la agonia. No pudo, pues, mediar entre ellos la menor confidencia y fray Venancio fué al hoyo.

El honrado comerciante, viendo que pasaban meses y meses sin que nadie le reclamase el depósito, llegó á encariñarse por él y á mirarlo como cosa propia. Pero á San Pedro Nolasco no hubo de parecerle bien quedarse sin lucir su gallardía en cuadros al óleo.

II.

Y pasaron años de la muerte de fray Venancio.

Dormía una noche tranquilamente el padre Antolin y despertó sobresaltado sintiendo una mano fría que se posaba en su frente.

Un cerillo, encendido bajo una imagen de la Virgen Protectora de Cautivos, esparcía en la celda débiles y misteriosos reflejos.

A la cabecera de la cama, y en una silla de baqueta, estaba sentado fray Venancio.

—No te alarmes, hermano—dijo el aparecido—Dios me ha dado licencia para venir á encomendarte un asunto. Vê mañana, al medio día, al portal de Botoneros y pídele á don Márcos Guruceta seis mil pesos que le di á guardar, y que están destinados para poner en el primer claustro la vida de nuestro santo patron.

Y dicho esto, la vision desapareció.

El padre Antolin se quedó como es de presumirse. Cosa muy seria es esta de oír hablar á un difunto.

Por la mañana se acercó nuestro asustado religioso al comendador de la órden y le refirió, sueño ó realidad, lo que le habia pasado.

—Nada se pierde, hermano—le contestó el superior—con que vea á Guruceta.

En efecto, medio día era por filo cuando fray Antolin llegaba al mostrador del comerciante y le hacia el reclamo consabido. Don Marcos se subió al cerezo y dijole que era un fraile loco ó trapalon.

Retiróse mohino el comisionado; pero al llegar á la portería de su convento, salióle al encuentro un fraile en el cual reconoció á fray Venancio.

—Y bien, hermano ¿cómo te ha ido?

—Malísimamente, hermano—contestó el interpelado—Guruceta me ha tratado de visionario y embaucador.

—¿Sí? Pues vuelve dónde él y dile que, si no se allana á pagarte, voy yo mismo dentro de cinco minutos por mi plata.

Fray Antolin regresó al portal y, al verlo don Marcos entrar por la puerta de la tienda, le dijo:

—Vuelve usted á fastidiarme?

—Nada de eso, señor Guruceta. Vengo á decirle que dentro de pocos instantes estará aquí fray Venancio en persona á entenderse con usted. Yo me he adelantado á esperarlo.

Al oír estas palabras, y ante el aplomo con que fueron dichas, experimentó Guruceta una conmocion estraña y decididamente temió tener que habérselas con una alma de la otra vida.

—Que no se moleste en venir fray Venancio—dijo tartamudeando.—Es posible que, con tanto asunto que tengo en esta cabeza, haya olvidado que me dió dinero. Sea de ello lo que fuere, pues el propósito es cristiano y yo muy devoto de San Pedro Nolasco, mande su paternidad un criado por las seis talegas.

La religiosidad de los limeños suplió, con limosnas y donativos, la suma que faltaba para el pago de pintores y un año despues, en la festividad del patron, se estrenaban los lienzos que conocemos.

Tal es la tradicion que, en su infancia, oyó contar el autor á fray Leon Fajardo, respetabilísimo sacerdote y comendador de la Merced.

RICARDO PALMA.

Lima, Marzo de 1875.

PLEGARIA.

A C.

Dulce suspiro de amoroso anhelo,
Blanca vision que por el éter vaga,
Melodia del cielo,
De mis ensueños pudorosa maga;

Fuente de mansas linfas, cristalina,
Brisa del valle que mi sien orea,
Flor peregrina,
Inspiracion que en mi cerebro crea;

Beso de Dios brindado á la Natura,
Cándida estrella del celeste huída,
¡Lágrima pura
De un angel á la tierra desprendida!

Si bien comprende el corazon que jime
Que es locura aspirar tanto tesoro

Con beatitud sublime,
Deja adorarte como yo te adoro!

LUIS DEL LAGO.

1875.

CRITICA LITERARIA.

Artículo I.

(Eneida, de Virgilio Libros I. y VI.)

Traduccion en octavas por D. Fermin
de la Puente y Apezechea, de la
Academia Española.

AMIGOS, aunque sin conocernos personalmente, compañeros de Academia y paisanos somos el ilustre traductor y el que estas líneas escribe. Con estos títulos ha llegado á mis manos un ejemplar de la traduccion, y es mucho el afecto que entrañan para que no me apresure á asirlos y refrendarlos por mí mismo.

Paisanos, y mas de una vez, lo somos. Aunque criado en España el Sr. Puente y Apezechea, en Méjico se meció su cuna, y Méjico es hermana de Venezuela, mi tierra, y ambas son vástagos de esa España noble y generosa que los americanos no podemos apartar del corazon, ni aun cuando la leve discordia se nos entra á la casa.

La que ahora habito situada en Aintree, pintoresca aldea á pocas millas de Liverpool, la circundan álamos y encinas, y, frontero á su fachada, tiene en el jardin un hermoso fresno en forma de umbroso natural pabellon.

Pues en rústico escaño sentado estaba yo bajo este fresno una mañana, no hace muchas, cuando el siempre ansiado *postman* puso en mis manos el precioso libro asunto de estas líneas. Abrolo apresurado, y comienzo su lectura de la manera que diré luego. Las brisas del Otoño descoloran ya los árboles y los despojan de su sonante vestidura, y el fresno, de día en día, va mas semeando la abierta armadura de un quitasol que antes cubria verde tafetan. Así, á medida que leia, como respondiendo á mi deseo y entusiasmo, las hojas arremolinadas por el viento, caian sobre las páginas en forma de coronas. Rosas hubieran sido, sino que la estacion no las tenia.

Creo que difieren los hombres en la manera cómo se entregan, á la lectura de un libro. Es natural. Las circunstancias no son las mismas. En ello ponen su influencia (así como para distribuir el placer y sembrar el provecho) la profesion de cada cual y el género del escrito; la entidad intelectual, científica ó literaria del que lee, y la del au-

tor, la del cual ha de estar, respecto de aquella, en la misma proporcion que la fuerza motiva respecto del cuerpo que se quiere suspender; influyen los sentimientos y prendas morales, porque al bueno, para disponerlo favorablemente, le hablan al oido la justicia y la caridad, y al nécio orgulloso, la ignorancia para decirle que todo es indigno de él. Influye la estacion de la vida en que el lector se halla, pues, como dice Cornelio Gaulo:

Diversos diversa juvant non omnibus annis omnia conveniunt,

y la hora misma en que se abre un libro regula la atencion que se le presta y pone mucho en el juicio primero que de él se hace.

El estado de nuestro espíritu, aun cuando no nos agita causa extraordinaria, no es el mismo á todas horas. La naturaleza física exterior obra en el hombre mas efectos de los que la ciencia nunca podrá esplicar. Sin que nos demos cuenta de ello, nuestra máquina está siempre siguiendo, como el barómetro y el termómetro, las alteraciones atmosféricas: se afecta del viento, del calor, de la rarefaccion del aire, de la intensidad de la luz, de la ¹⁴ de los Astros, de todo lo conocido y lo desconocido. De aquí esa movilidad de nuestro espíritu de que habla Fr. Luis de Granada citando á Job:—“Ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere, y muchas veces él á sí mismo no se entiende.” Y de aquí el que, como nuestros sentimientos y pasiones, nuestros pensamientos y juicios se afectan tambien *de la hora*. “No sé cómo sea (dijo una vez un célebre escritor,) pero es lo cierto, que despues de almorzar, todas las disertaciones filosóficas en que me ocupaba con tanto calor en la mañana, parecen desatinos.” Y el R. Wilcott, que hace la cita, supone que Ariosto debió de elejir hora menguada para presentar su *Orlando* al cardenal de Este, cuando su lectura hizo exclamar á su eminencia: “¿Dónde ha podido hallar semejante costal de tonterias!” Todo cuadro, trazado por la imaginacion ó por el pincel, requiere un punto de mira, único que determina la luz.

No diré (porque no hay para qué) cual sea mi sistema propio generalmente. Pero sí recorrí la traduccion de dos maneras: primero saltada; seguidamente despues. Figúrome que los mas habrán de seguir igual procedimiento en casos como este. Cuando se nos viene á las manos la traduccion de un autor clásico, no podemos prescindir de ir á ver, antes que todo, cómo han sido vertidos aquellos pasajes que los que hemos hechos particular estudio del texto tenemos en la memoria; y los que gozan de aura, unos por sentenciosos, otros por patéticos, ó por su belleza ritmica, ó por la onomatopeya que presentan; ó bien ya por la diverjencia de opiniones que exita respecto á la interpretacion de alguna frase. Pertenecen á este número, en Virgilio, la hermosa exclamacion alusiva á los rigores de Juno verso XI, canto I:

¿Tantane animis caelestibus ira?

la descripcion de la tempestad, y el naufragio de los que sobrenadan, y los despojos:

*Apparent rari nantes in gurgite vasto,
Arma virum tabulæque et Troia gaza per un-*
das.)

el exámetro con que cierra Dido el hospitalario acogimiento que hace á Eneas y los suyos, verso en que respira la piadosa sabiduría que dá el dolor á los desgraciados:

Non ignara mali, miseris succurrere disco.
el patético:

Infandum Regina, jubes renovare dolorem?
del canto II; y en el mismo, el

*Quid non mortalia pectora cogis,
Auri sacra fames!*

como tambien su igual del canto IV, aplicado al amor:

Improbe amor, quid non mortalia pectora
cogis?)

el verso 267 del canto VI, en donde apenas hay palabra que no obre á hacer profundas las tinieblas y la lobreguez de la noche.

Ibant, obscuri sola sub nocte per umbran,
lobreguez y tinieblas propias de la noche del Averno; y para no citar mas, el verso que expresa cómo llenaban el cielo los clamores de los hombres y de las trompetas, canto XI:

It caelo clamorque virum clangorque tubarum;
y el onomatópico, del VIII:

It clamor, et agm ine facto

campum;)
Quadrupedante patrem sonitu quatit ungula
donde, en efecto, se oye el repetido batir de los cascos del caballo que galopa.

Pues á los que corresponden á los cantos I y VI, que hoy se dan á la estampa, hube dirigirme primeramente; por supuesto, oyendo cantar en mi memoria, desde antes de volver el frontis, la deliciosa alusion á sus Églogas y Geórgicas, con que abre Virgilio su poema. Bastaba el nombre del traductor para decidirme á emprender formalmente la lectura de todo el libro; pero la version de esos pasajes habria bastado tambien, aún sin estímulo de nombre alguno.

¡Qué octavas, qué octavas hay en ellos!
¡Cómo honra su autor á nuestra América y á nuestra España!

No quiero hacer reflexiones sobre lo que es traducir la Eneida, y en octavas reales.

Piense esto el que conocerla pueda, y abra luego este libro por cualquiera parte. Demos que sea por la octava 15 y el mandato de Juno á Eolo: que recuerde el texto ó la ponga delante y lea:

“Éolo pues que el Dios á tí te diera,
Padre de dioses, rey del triste humano,
De las ondas calmar la saña fiera,
Ó levantar con viento el Oceano;
Gente, de mí enemiga y altanera
Ora navega por el mar toscano,
Y al traves á la Italia, de los mares,
A Ilion lleva y sus vencidos lares.”

Todo está al pié de la letra, se oye el original:

Ilum in Italiam portans vintosque penates.

“Impele el viento audaz, rompe y estrella
Y dispersa esas naos, y á los mares
Lanza los truenos. . . .”

¿No habria sido mejor conservar la con-

juncion disyuntiva del texto *aut age diversos?* Hallo atinada la alteracion que hace el Sr. Puente y Apezchea diciendo: *y á los mares lanza los truenos*, en vez de *lanza los cuerpos*, desde luego que el *age diversos* se traduce simplemente por *dispersarlas en todos sentidos*.

Esta es la version que traen todos los traductores que conozco; y cuando tantos opinan de la misma manera, y es del número el Sr. Apezchea, nuestro traductor; debo andar descaminado al suponer que Virgilio, cuando escribió *submersasque obrue puppes, aut age diversos et disjice corpora ponto*, quiso que se entendiese, *sumerge en lo profundo esos bajeles, ó en pedazos dispersalos, y arroja los cadáveres al Ponto*. Creeré que me equivoco, aunque me haga fuerza pensar que si Éolo opta por la mera dispersion de las naves, no hay cuerpos que arrojar á las olas; lo cual, sin duda, echó de ver el clarísimo entendimiento del Sr Puente y Apezchea cuando hizo la alteracion á que me he referido.

¡Qué feliz estuvo tambien en toda la descripcion de la tempestad! Éolo acaba de responder á Juno acatando sus mandatos:

“Dijo, y el cetro inverso á pena á un lado
El monte empuja cóncavo en que habitan,
Los vientos luego, en escuadron cerrado,
Por la puerta que dió se precipitan.
La tierra en torbellino acelerado
Soplan, y al mar lanzándose, le ajitan
Y Noto y Euro y Austro se atropellan
Y montes de olas en la playa estrellan.”

¡Qué movimiento, qué vivacidad, y cómo contribuye á ello, en los dos famosos pareados, la repeticion de la conjuncion, á una con la supresion de los artículos. para efectuar la personificacion, y con los acentos del verso!

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Liverpool, 1874.

LAS ROSAS.

Aunque hay varios pareceres.
Creo yo muy acertado,
El que se haya comparado
Las flores con las mujeres.

Por ejemplo, una violeta
Por su aspecto y colorido,
Parece el róstro querido
De una muchacha discreta.

Una dália purpurina
Semeja á una enamorada,
Que refleja en su mirada
Toda una pasion divina.

Observando varias plantas
Que ostentan flores preciosas,
He comparado las rosas
Con las mujeres *non santas*.

Una rosa de gran facha,
Parece ya una matrona,
Igualita á la jamona
Doña Chomba Remolacha.

El mismo aire satisfecho,
Pesado como un sapallo,
Gallina arrimada al gallo,
Mujer de-á lo hecho, pecho.

Otra medio deshojada
Pero altiva é insinuante,
Es como la viuda amante
De cara desvergonzada.

Aún se quiebra de cintura,
Y sin temor á sonrojos,
Voltea, lisa, los ojos,
Para mostrar su hermosura.

La rosita pequeñuela
De botoncito encendido,
No es mas que el pimpollo erguido
Que ayer salió de la escuela.

Insinuante, picarezca,
Bachillera, descocada,
Incendia almas su mirada
Como la chispa á la yesca.

Estas rosas ¡voto á mill!
Aunque lo niegue cualquiera
Son la cópia verdadera
De Célia y Abígail.

Y es pues la pura verdad
Que tienen las rosas bellas
Para asimilarse á ellas
Cierta voluptuosidad. . . .

Que. . . dejando cuatro cosas
Y á un lado pareceres,
Hacen de ciertas mujeres
Perfectamente las rosas.

EL CHICO TERENCIO.

OPINION DE OLAVIDE

Sobre la Poesia.

PLATON desterraba de su *República* á los poetas por inútiles, aunque los hacia coronar como divinos.

Y sin embargo Platon era poeta.

Cuéntase que, desde muy jóven, compuso tragedias y poesias líricas, hasta que habiendo oido á Sócrates, abrazó la filosofia; mas si renunció á hacer versos, conservó siempre un estilo brillante y pintoresco en prueba de su estro poético.

Es un pensamiento bien extraño, por cierto, el de considerar como divino un arte que para nada sirve.

El gran salmista Olavide, el apasionado intérprete de David, adopta el parecer del filósofo griego en la carta XXXVI (tomo 4^o.) de *El Evangelio en triunfo* donde dice:

“La Poesia me parece un arte en que, para no ser ridículo, es menester ser sublime, y esto es dado á pocos. Creo que es necesario nacer y sentirse casi con el ingenio de un Virgilio para dedicarse á él sin rubor. Aun, supuesto el talento, queda mucho campo abierto para el recelo por el defecto de los objetos á que se aplica; la razon es la misma cuando se presenta con el traje de una decente y decorosa prosa, y la poesia no la añade ni fuerza ni verdad; solo la viste con adornos que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras. Por otra parte, si tuviera alguna ventaja, un hombre de bien no deberia emplearla sino en cantar la gloria de la religion, en exhortar á la observancia de la moral ó en pintar con elegancia la hermosura de la virtud; fuera

de estos asuntos, todo lo demas es ó pueril, ó indecente, ó ridículo; y, por lo comun, la veo emplear de tal manera, que no me es posible contar con ella en nuestra educacion.

Hé aquí dos poetas enemigos declarados del arte.

Dura es para los poetas la sentencia de condenarlos á ridícula vergüenza, si no llegan por su sublimidad á igualar á Virgilio!

Y aun concediéndoles las fuerzas intelectuales, todavia les infunde Olavide temores y rezelos, por la eleccion de los asuntos, que, para él, estan reducidos á los religiosos y morales, considerando todos los demas como pueriles, indecentes ó ridículos; de manera que la epopeya, el teatro, y en general todos los diferentes géneros de poesia, en que han sobresalido tantos géneos que la fama inmortaliza, no inspiran al autor de *El Evangelio en triunfo* sino un profundo desprecio.

Convenimos en que todo poeta debe proponerse de preferencia un fin moral, civilizador; pero á un fin se puede llegar por varios caminos, los cuales en este caso son las diversas especies de poesia. Proscribir las, seria una accion de efecto contraproducente, pues se le quita al operario el mayor número de los instrumentos ó medios con que podia realizar su tarea obligándolo al empleo de uno solo.

Aparte de esto, el poeta no está indispensablemente llamado á entonar himnos á la Divinidad ó á enseñarnos reglas de conducta: basta á veces que nos ofrezca bellos cuadros que alegren nuestro ánimo y nos trasladan, si se nos permite la expresion, á otras regiones ideales, que nos hagan olvidar, si quiera sea por un momento, las miserias y penalidades de esta vida; basta á veces que con sus musicales acentos conmueva dulcemente el corazon para vivificarlo en el contento, ó consolarlo en la tristeza. Siempre desempeña la poesia su mision benéfica.

Tal es el comun sentir, y no merece esta parte que nos detengamos mas en ella.

Pero queremos llamar la atencion sobre un punto importante, y es el siguiente:

“La razon es la misma cuando se presenta con el traje de una decente y decorosa prosa y la poesia no la añade ni fuerza ni verdad; solo la viste con adornos que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras.”

Aquí confunde Olavide la poesia con la versificacion.

Nosotros decimos: La poesia es la misma cuando se presenta con el traje de una humilde prosa ó de un armonioso metro.

Sin embargo ¡cuánto no realza ó desvirtúa los pensamientos una forma mas ó menos perfecta!

La poesia es el alma; la prosa y el verso son como los cuerpos en que se encarna; y ya sabemos que en la Naturaleza la fealdad ó hermosura física influye poderosamente en los modos de manifestacion del espíritu.

Nos remitimos acerca de estas nociones triviales á cualquier tratado elemental de literatura.

Tal vez hay demasiada osadia en nuestra

pluma al trazar aquí palabras adversas á tan encumbrada inteligencia como la de Olavide.

Nuestros lectores juzgaran.

CONSTANTINO CARRASCO.

PRECOCIDAD.

(A EDGARDO.)

Aún luces, niño, en los serenos ojos
La casta lumbre de la tierna infancia;
Y ya te quejas, en sonoros versos,
De los dolores que laceran tu alma.

Aún te sonrie el ángel misterioso,
Que, con sus níveas, vaporosas alas,
Veló tu sueño en la apacible cuna;
Y ya de amor y decepcion nos hablas.

Aún de tu madre el cariñoso arrullo,
Que te adormia en su piadosa falda,
Resuena, Edgardo, en tu infantil oído;
Y ya no tienes ilusion, ni calma.

Aún no marchito del jardin el césped,
Que, siendo niño, refrescó tu planta;
Y ya las flores de tu pecho herido
Ningun perfume en su corola guardan.

Conserva el cielo sus doradas nubes,
Su bruma el lago, su frescor el aura,
Su aroma el huerto, su fulgor la estrella;
Y solo tú ya no conservas nada.

Pero es mentira ese dolor que finges,
Y los lamentos que tu labio exhala,
Mentira son, desventurado niño,
Que el templo augusto del dolor profanas!

¿Acaso gime la rosada aurora
Cuando en oriente su esplendor derrama?
—¿Y tú por qué, en la aurora de la vida,
Ni de gemir, ni de llorar te cansas?

Aún no has libado la primera gota
Del fiero cáliz que la vida guarda
Silencio! que tus lágrimas fingidas
La verdadera desventura ultrajan!

En el dintel aún de la existencia,
Coronado de mirtos y de acacias,
No has conquistado el infeliz derecho
De que se crea en tu cruel desgracia.

Mas yo conozco el desvarío insano
Que en la pendiente del dolor te arrastra,
Y del lamento artificial que viertes
Tampoco ignoro la terrible causa.

Pero no sigas el errado ejemplo
De aquellos vates de influencia aciaga,
Que en fiera lucha con la suerte impia,
Perdieron la ilusion y la esperanza.

Rompe el crespon de la enlutada lira;
Basta de quejas, de lamentos basta:
De flores orna el sonoro plectro,
Tu fé retempla, y la alegría canta.

No ya de Heráclito el acento imites;
Depon el llanto y las querellas vanas,
Que si á la suerte sin cesar calumnias,
Tal vez se torne realidad mañana.

GUSTAVO DE LA FUENTE.

Chorrillos, Febrero de 1875.

LAS CUATRO ESTACIONES.

NOVELILLA FOSFORESCENTE, EN LA QUE ES
PROTAGONISTA EL LECTOR.

PRIMAVERA.

LECTOR: ¿quiere vuesarced echar un verde por esos trigos como quien busca el aire refrigerante de las alamedas, el verde vivificador de los árboles y el perfume deleitoso de las rosas? ¿A qué si quiere vuesarced? Pues bien, á patita, que es mas higiénico, y así hará digestion saludable el estómago. La tarde, de apacible Primavera, nos convida. Estamos en marcha. Ya hemos llegado al Palacio de la Exposicion, sin sentir el cansancio de la distancia. Si usted gusta; nos sentaremos un momento sobre estos mármoles, y echaremos un párrafo de murmuracion, sobre cada uno de los prójimos que atraviesa el jardin desde la verja de entrada al estanque, del estanque al conservatorio, del conservatorio á la alameda, de la alameda al parque, del parque á...

—Mire usted ese par.

—Son dos recién casados.

—¿Y esa de mas allá?

—Una vieja.

—No lo parece.

—Al juzgar por las apariencias.

—Las apariencias engañan.

—¿Y quién no tiene apariencias?

—Todo el mundo: las de esa señora concisten en poca cosa.

—Ya: un poco de carmin, otro idem de ojos de cangrejo; los postizos del dentista X; el corsé de la *Ville de Paris*... ¡poca cosa!

—No se puede decir lo mismo de la chica que viene delante.

—Oh! nó, que nó!

—Es guapa.

—Linda.

—¿Qué ojos!

—¿Y qué talle!

—¿Y qué boquita!

—¿Y qué piessitos!

—Piés de limeña.

—Elegantemente vestida, ¿eh?

—Sigámosla.

—Sigámosla.

Y yo y el lector nos levantamos; seguimos á la niña y á la vieja, que al parecer deben ser madre é hija. No habriamos recorrido gran trecho, describiendo una especie de zig-zag, cuando, ellas delante, detras nosotros, se detienen en la portezuela del conservatorio de cristal de plantas; entran, y nosotros hacemos lo mismo: ¡oh qué linda jaula aquella para semejantes aves! Pocos minutos despues, la niña fija sus codiciosas miradas en una hermosísima flor, que saliendo de un tronco de árbol, que figuraba una masetta, era á la vez que adorno un tentador irresistible. No fué para disimulado el deseo que la dominaba: queria cojer la flor, tenerla en sus manos, arrancarla de su artística vivienda; pero la consecucion era difícil, no hacedera por sus propias manos. El tronco se elevaba sobre su cabeza como un metro; para tocar la planta con las manos seria necesario empinarse esforzadamente, trepar quizá sobre él, y esta tarea, como otras mas difíciles, que las mujeres llevan á cabo con asombrosa facilidad, la hubiera realizado al no estar nosotros presentes. Nada hay que mortifique mas el corazon de una mujer que un capricho no satisfecho: nada por consiguiendo la satisface y la halaga mas que realizarlo. El lector que es sujeto de mundo, vislumbra una feliz coyuntura: casi abrazando el

tronco á hurtadillas del guardian, estiende sus largos brazos, arranca la flor y la ofrece á la niña.

—Gracias, caballero.

—No hay de qué, señorita.

Este incidente fué bastante para suplir la presentacion de oficio; pues en seguida hablamos de todo, salimos juntos del conservatorio; y hablamos como en sesion parlamentaria. Por un momento se suspende la sesion, por no haber asunto importante á la orden del dia. De repente se abre; y la niña tiene la palabra:

—Hermosa tarde, verdad?

—Encantadora—repetimos en coro.

—Encantadora como U.—repite quedito al oido de la niña el lector.

—Encantadora como su mirada—repito igualmente á mi pareja.

—Lisonjas.

—Burla.

—Mis labios no la conocen.

—Me merece usted respetos para....

El lector me mira y yo le miro. Nos hemos comprendido. El la lleva del brazo á la niña por entre las alameditas, y se pierde durante algunos minutos. ¡Son tan intrincadas las vias del Palacio! Yo conduzco á mi pareja al estanque de patos. Mejor hubiera sido á la jaula de los leones; pero la señora es nerviosa. Despues nos volvemos á encontrar. La noche nos cubre cuando hemos llegado á la puerta de salida. Nos despedimos de la manera mas cortés. Madre é hija montan en un coche del servicio público que las aguardaba. El coche parte; y pronto el ruido apenas se percibe hasta que al fin desaparece por completo.

—Lector.

—Autor.

—Se rie usted.

—Y usted tambien.

—Y....

—Nada: un buen corazon, vírgen todavia á las impresiones: cándida como una paloma. Me amará, con desinterés y con delirio: sensible no ha resistido mi declaracion.... Y la señora?

—Descreida; es un toro jugado; y dudo que no haya educado á su hija con las ideas del siglo.

—Temerario.

—Quizá ando despacio en dudar.

—Chist, que viene gente.

VERANO.

—¿Se acuerda usted lector, de aquella tarde, de aquella vieja, de aquel estanque, de aquella flor arrancada de su tallo; sobre todo, de la niña sensible y cándida como una paloma?

—Como que no hace cuatro dias, y aun conservo prendida en el corazon la flecha que ella me disparara.

—¿Amorcillo tenemos?

—Candente como una braza.

—Luego aceptaria usted mi invitacion para volverla á ver?

—Aunque despues me quedara ciego.

—Pues á la obra.

Y abrazetado con el lector, nos dirigimos á la calle de *** número tantos.

Es de noche. Al entrar á la casa nos detenemos un momento en la puerta mientras nos cercioramos de la autenticidad de las señas que nos habian dado al invitarnos. Enterados de lo principal y dejando á su perspicacia los detalles, avanzamos, saludamos, y tomamos asiento.

El salon está profusamente iluminado: ricos muebles de brocatel azul, estilo Luis XIV, están denunciando un lujo asiático que deslumbra en la apariencia. Despues de un mo-

mento de conversacion, pregunta el lector:

—¿Toca usted el piano, señorita?

—De aficion, un poco.

—¿Le agradan los wals?

—Los de Straus.

—¿Y las óperas?

—Toco algunos trozos.

—Gustaríamos mucho oirla á U.

La niña se coloca delante del piano, y arranca con sus dedos de marfil sus misteriosas armonías. El lector, movido por una conmocion eléctrica, se acerca á ella y representan una ópera improvisada, que podia titularse "efluvios," en la que el piano hace de orquesta, él expone el recitado, ella toca la cuerda sensible, la señora maneja la batuta y el que suscribe hace de público: escucha y aplaude.

Termina la visita; porque todo termina en este mundo; y cada escena de la vida desaparece para dar paso á otra y á otra hasta dar con el punto final. Estamos en la calle, el lector y yo.

—¿Y qué tal!

—Todo va á las mil maravillas.

—Es candorosa?

—Como una paloma.

—Y sensible?

—Como la sensitiva.

—Y amante?

—Como una Isabel.

—Luego....

—Es perfecta; y me caso con ella.

—Hasta mas ver.

—Hasta mañana.

OTOÑO.

Hemos cumplido la cita como dos ingleses [rara circunstancia entre dos peruanos.] Nuestro tratamiento recíproco con la familia es mas franco. A pocos minutos de nuestra llegada, aparece un amigo de la casa, amigo antiguo, al juzgar por la excesiva confianza que manifiesta tener. El lector mueve la oreja izquierda; se encienden sus pupilas; me mira; ¡Jesús con qué mirada!

—Señorita, su amabilidad me autoriza á pedirle nos toque usted el wals de anoche los "celos."

—Dispense usted, estoy cansada.

—Entonces aquel de que me hablaba usted en el jardín del Palacio.

—Por ser de menos ejecucion lo tocaré.

El lector toma su puesto de la noche anterior; y se repite la representacion; pero de otra ópera, que podriamos llamar la "tempestad." El nuevo personaje hace de consueta.

El recitado no vá bien, la orquesta desafina, el arco hiere bruscamente la cuerda, el director de orquesta pierde el compás y el público como en ascuas: no silba porque tiene maneras; todo lo cual prueba que, en las compañías acostumbradas á saber sus papeles de memoria, un consueta está demas ó descompone la representacion. Al fin y al cabo cae el telon; nos retiramos, y el consueta se queda repasando los papeles á la compañía. En la calle:

—Os habeis exaltado mucho, señor lector.

—No tanto como lo merecia.

—¿Quién?

—Ella.

—La vieja ó la niña.

—La faláz.

—¿No es candorosa?

—Como una zorra.

—Y sensible?

—Como una piedra.

—Y amante?

—Como una serpiente.

—Pues, lector, observo que tenéis mudanzas, que llamaria caprichosas á no temer de seguro el enojarnos mas de lo que lo estais por la visita importuna de ese caballero.

—Su novio, direis.

—Si os dijo que os amaba....

—Su amante dá lo mismo.

—Entonces....

—Me engañaba como á un chino.

INVIERNO.

A la mañana lluviosa sucedia la tarde nublada y á esta la densa y cruda noche, mas cruda por el aguacero que caia á torrentes, formando charcos en las lozas y entre las piedras, por los cuales no se podia atravesar sin recojer algunos lunares, parecidos á los que con tan poco disimulo suelen formarse hácia el lábio superior de la cara algunas mujeres.

Hay una correspondencia misteriosa entre la naturaleza física y la naturaleza moral; á cada fenómeno físico, ó astronómico, responde otro síquico ó fisiológico. Tal es el maravilloso vínculo que une al mundo ontológico, y que ha dado materia á los filósofos para explicar, á los poetas para cantar, las armonías secretas del planeta que habitamos.

De todos los hechos físicos los que mas influyen en nuestro organismo son los que se relacionan con el movimiento de los astros y con el clima. La influencia de la Luna no puede ser mas palpable. Del fondo de nuestro corazon se levantan sentimientos tristes y sombríos, cuando esa blanca dama de noche, aparece con su velo plateado y se pasea lenta y misteriosa por la bóveda, que llamamos celeste. ¿Por qué así toca nuestra sensibilidad? Porque cuando la vemos, como una mujer encantada, que esquivo nuestro alcance, un suspiro se escapa de nuestro pecho, y se lo enviamos como un saludo, como un recuerdo, como una declaracion amorosa? Mientras tanto cosa diversa nos pasa con la aparicion del Sol. Cuando sus rayos de fuego se desatan principalmente en los dias de invierno; el corazon se expande, se ensancha, surgen de él vívidas y alegres las emociones: la sonrisa salta y juega en nuestros lábios; el pecho nos palpita; la respiracion abunda; los pulmones se dilatan y los poros se abren.

Sin embargo, el Invierno ofrece una dulce melancolía. Hay en él tanta poesia, como que es la última estacion del año y en la que astronómicamente hablando termina. Los recuerdos se agrupan; las acciones se suman; las esperanzas renacen á esmaltar las ambiciones; se hace en ella el balance de la vida.

Para el que esto escribe es la estacion querida. Y así como no se puede pronunciar con indiferencia el nombre de un ser amado; así nos hemos dado á esta digresion, agena del *cuentecillo fosforescente*; pero que el lector perdonará en gracia del mucho cariño que le profesamos.

Era Invierno en la naturaleza. Invierno era tambien en el corazon del lector, con motivo de aquel amorcillo. Sus sentimientos eran tristes, melancólicos, como hijos de la decepcion.

El alma pasa por situaciones diferentes y opuestas, siendo uno mismo el agente que obra en ella. Estas situaciones son como las estaciones, cuando ese agente es el amor. Entonces hay la siguiente correlacion, en virtud de la cual se producen los cambios. El Sol es el amor. La Tierra es el corazon del hombre. Un tercer astro que se interpone es la mujer. Segun como este gire y recorra su órbita al rededor del astro-amor; se van produciendo la Primavera, el Verano, el Otoño y el Invierno.

Por esto se comprenderá por qué el lector habia recorrido las tres primeras y se hallaba en la última. Rebuñado en una capa, que mas

que capa era cobertor, le encontramos una noche, parado en la esquina de una calle.

—Lector, se ha vuelto U. filósofo?—le interrogamos.

—No, hidra.

—¿Qué mira U. en esa actitud?

—A la fermentada.

—Aún conserva U. rezagos?

—Peor, veneno ¿no la vé U.?

—¡Caramba que nó!

—Allí está á su lado.

Y me señalaba con el dedo hácia el interior de unos balcones, donde se veían á dos personas en la mas estrecha confianza. Eran el caballero aquel y la niña aquella.

—No cabe duda, se han casado.

—Y yo trueno.

PAULINO FUENTES-CASTRO.

COLABORACION ARGENTINA.

LA PAMPA.

(IMPRESIONES.)

¿Qué voz suave, qué sonoro acento
Para cantarte ¡oh Pampa! me demandas?
¿Será el rujido atronador del viento?
¿Será el susurro de las auras blandas?

Te veo y me estremezco: mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito despues alzo la frente
Y soberbia te abarca mi pupila.

Entónces tu grandeza me levanta
Y libre como el viento correr quiero:
¡Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuelo con el bruto y el pampero!

Fácil el llano como el mar se tiende,
Huyendo lejos se adivina el monte,
¡No hay limite!... la niebla se desprende
Y á su paso se aleja el horizonte.

¡Mas rápido! ¡mas rápido!... Entreabierto
Allí está el porvenir en tu camino;
Salta! ¡vuela! recorre ese desierto
Y arráncale el secreto del destino!

Y el caballo se lanza, ya sediento
De espacio, de huracan y de frescura:
¡Se desata y se aleja el pensamiento
Como una ave extraviada en la llanura!

¡Sí! que del potro la veloz carrera
Del corazon triplica los latidos,
El vértigo del alma se apodera
Y se sienten los nervios sacudidos!

El alma sobre el llano se difunde
Como un rayo de sol al mar distante,
Lo abarca, lo limita, lo confunde,
¡Lo empapa con su espíritu jigante!

El pecho se dilata, se electriza,
Se oye golpear un corazon de acero;
¡Allí el pulmon para vivir precisa
El soplo poderoso del pampero!

Allí lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
¡Tengo orgullo de ser Americano
Y de gozar de libertad salvaje!

Se enardece mi alma, delirante
Arranco el velo al porvenir: ¡cuán bella
La imágen de la Pátria deslumbrante
Amor y gloria y juventud destella!

Siento el rumor y el armonioso coro
De un pueblo egregio que el progreso guia,
Y elevo mi alma á Dios... ¡me postro y oro
Ante la imágen de la Pátria mia!

Entónces quema mi ardorosa mano,
Mi corazon es fuego, mi frente arde...
¡Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde!

II.

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonia;
La tarde es un ensueño en la penumbra,
El beso de la noche con el dia.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado;
Es mas triste, mas bella, mas grandiosa,
Su tinte mas ideal, mas delicado:

Ni un rumor escuchais, ningun rüido
En la vasta planicie solitaria,
Solo un vago y dulcísimo gemido,
Que parece la voz de una plegaria.

Como el perfume de la flor, abierta
A los besos del céfiro que jira,
El alma se desprende y flota incierta
Entre las ondas de la luz que espira.

El cuerpo desfallece, la mirada
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante... fatigada,
La paz del sueño y de la sombra anhela.

Aspirais de ese cuadro misterioso
Una dulce, ideal melancolia;
El corazon latiendo silencioso
Parece que desmaya con el dia.

Sentis volar á la memoria, errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Escenas que se alejan vacilantes,
Que trémulas se ocultan en la sombra.

Veis surgir con el alma estremecida
Los seres que en el mundo habeis amado,
Su sonrisa, su llanto, su partida
Tras la bruma dudosa del pasado.

Llega la hora sublime... aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela á su Creador tranquila...

A ese instante de uncion no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sábio;
Estático quedais, fija la vista,
Con el nombre de Dios trémulo el lábio!...

III

Esperais un momento... ya la sombra
Sobre el llano sin luz rápida avanza
Y parece que ruedan en su alfombra
Las negras nubes que la noche lanza.

Entónce el trueno retumbando lejos
Estremece los céfiros que vagan,
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperais un momento... ¡centellea
La tempestad que se alza á vuestro paso!
El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando mil nubes agrupadas
Empujan otras y otras al soslayo,
Rasgan su seno tétricas, y airadas
Vivaz arrojan el candente rayo.

Los relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
¡Parecen las miradas centellantes
Del génio colosal de las tormentas!

Sentís hervir la sangre y os parece
Que rota vuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se estremece
A la uz del relámpago vuestra alma.

¡Oh qué placer!... El pecho palpitante
Entreabre vuestra boca... ¿dais un grito?
¡Lo prolongan los écos al instante!
¡Lo contesta tronando el infinito!

Imágenes sobérvias, atrevidas,
El alma llenan de visiones grandes:
¡Se sueña tras las nubes encendidas
Al Dios del Sinaí sobre los Andes!

Ó rasgando los velos del santuario,
Se ilumina con ráfaga candente,
La fecunda tragedia del Calvario,
El eterno reflejo del Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre,
Se quiebra el trueno en vuestra frente erguida...
Así concibo en mi delirio al hombre,
Figura colosal!... ¡rey de la vida!

Dadme la Pampa así!... ¡Súbito el rayo
Centellée en mi frente y zumbe luego!
La tempestad no es sueño, no es desmayo:
¡Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!

RAFAÉL OBLIGADO.

Buenos-Aires, 1874.



VUELVO á saludar á los lectores de La "Alborada," despues de una quincena, en que la elegante pluma de la Señora Placencia ha llenado de galas los capítulos de este Mosaico.

Estéril, como nunca, la semana que espira, en acontecimientos dignos de llamar la atencion, poco es lo que tengo que comunicar á las bellas limeñas. Los paseos públicos, si exceptuamos la gran emigracion á Chorrillos, permanecen desiertos y abandonados á una triste soledad. En otro tiempo, la estacion que atravesamos atraía una concurrencia escogida y numerosa á los lugares, donde el perfume de las flores y el aspecto sencillo de los jardines, parecia despertar á las almas de ese sueño pesado y letargoso que produce la atmosfera de las grandes poblaciones. Las huertas del Cercado y nuestras lindas alamedas, eran los lugares mas concurridos, en estos dias, que parecen infundir en el alma una dulce y lánguida melancolia, que convida á buscar el reposo á la sombra de los árboles y bajo la suave influencia de esos recuerdos vagos, que nos traen en sus alas las brisas de los jardines. Entónces se buscaban las fruiciones del espíritu, dando de mano á las exigencias del lujo y de la vanidad, y se vivía en pocas horas toda una existencia de ventura y de sentimiento: hoy no existen esos encantos de la belleza verdadera, han huido esas horas de felicidad y de contento; y la mujer limeña; sensible y soñadora, por su propia naturaleza, que necesita el atractivo de la vida espiritual, como las flores necesitan del sol de la mañana para levantarse perfumadas sobre su tallo, permanece en tal estado de abatimiento que bien pudiera llamarse un paréntesis de su animada existencia.

En la actualidad es, pues, forzoso aceptar

cualquiera de los extremos de este terrible dilema: Chorrillos ó la muerte. Todos obtarian, en verdad, por el primero, sino fuera regalia concedida tan solo á la aristocracia del dinero; pero la clase deheredada es la mas numerosa entre nosotros, y la que tiene que conformarse con la mas dura sentencia de morir asfixiada por el calor de la estacion, en el lecho de espinas que le ofrecen las amarguras de la vida.

El Señor Dr. D. Francisco Garcia Calderon, Presidente del Club Literario, presentó una lucida conferencia sobre la contribucion de timbres, la noche del miércoles 24, en los salones de dicho Club, demostrando con los principios de la ciencia la ninguna equidad de ese impuesto temerario.

El elevado patriotismo del Señor Garcia Calderon, á la vez que su notable decicion al penoso estudio de las leyes, le ha inspirado ese importante trabajo que, como todos los que salen de su brillante pluma, abunda en erudicion y en fuerza de raciocinio, hasta el punto de ser un documento verdaderamente notable y digno de llamar la atencion de las Cámaras legislativas, que deben mirar en el un continjente de luz, al tiempo de definir la reforma de la legislacion económica.

Al hablar del Club Literario de Lima, se me permitido manifestar públicamente el testimonio de gratitud que debo á tan respetable asociacion, por el honor que me han hecho al aceptar mi humilde persona como uno de sus miembros activos, en virtud de la propuesta que varios señores presentaron al Concejo Directivo, en la sesion del 15 de Febrero, olvidando generosamente que mi notaria insuficiencia no podia hacerme digna de una distincion tan grande. Los deberes que estoy llamada á cumplir en el seno de tan ilustrada asociacion, serán, no obstante, la mas preciosa ocupacion de mi vida, y la mas grande satisfaccion de mi alma.

Varios establecimientos de instruccion han rendido, en estos dias los exámenes del año escolar que expira, habiendo sido notables las pruebas de aprovechamiento que en todos ellos se han presentado.

Pero digna de una especial mension es la actuacion literaria que tuvo lugar el Domingo en la noche, en el colegio que dirige la Señora Da Josefa Paez, tanto por el buen desempeño de todas y cada una de las alumnas, cuanto por la satisfaccion que los concurrentes manifestaron, al presenciar las pruebas de ese aprovechamiento, que cuesta tantos afanes y desvelos á la recomendable directora. La educacion de la mujer, que es el gran secreto de su felicidad futura, ha encontrado en el colegio de la Señora Paez todo el campo necesario para su pronto desarrollo, y los elementos precisos para su perfeccionamiento. El curso de Contabilidad que allí se enseña hará aprender á nuestras jóvenes aquella economia del hogar, que unida á los atractivos de la mujer y á la ciencia poética de la familia, las conducirá puras, felices y hermosas á traves de las tempestades de la vida.

La pròdiga mano de la beneficencia acaba de abrir las puertas de un gran establecimiento de misericordia, destinado á recibir en su seno á todos aquellos seres desgraciados, á quienes el infortunio no ha dejado mas herencia que su propia miseria y las lágrimas que vierten en su dolor y afliccion.

El nuevo hospital *Dos de Mayo*, construido á sotavento de esta ciudad, mediante los esfuerzos de la "Sociedad de Beneficencia pública de Lima," se inauguró el Domingo 1.º de

Marzo, con toda la pompa y solemnidad debidas á la ereccion de un monumento de su especie. Nuestras lectoras encontrarán en los diarios del Lunes 1.º del presente, las descripciones del establecimiento y de la ceremonia de su inauguracion: pues me relevo con pesar de esa preciosa tarea, á causa de la estrechez de las columnas de "La Alborada."

La estimable Señorita Amelia Aramburù, y el Capitan de Corbeta Señor Ramon Freyre, se unieron en matrimonio, el Domingo 28 de Febrero. Las prendas y bellas cualidades que ambos llevan al seno de una nueva familia, hacen crèer con sobrado fundamento que habitará en ese hogar el contento y la felicidad. Ojalá brille siempre esplendoroso el sol de la ventura en el ameno jardin donde nacieron sus perfumadas ilusiones.

"EL NACIONAL", que lleva diez años de existencia, á traves de todos los azares por que ha atravezado la prensa, se ha vestido de gala, desde el dia 1.º del corriente. El aumento considerable de sus dimensiones, su tipo elegante y nuevo, y la reforma especial que ha recibido en sus secciones, han hecho de *El Nacional*, uno los primeros diarios de la América del Sur.

En la Ciudad de Parma (Italia) se ha encontrado una comedia inédita de Goldoni, intitulada *El Egoista*, y se crèe que haya sido puesta en escena en el siglo XVIII, en el teatro ducal de aquella ciudad de purísimas violetas. Las glorias alcanzadas por su sentimentalísimo autor y los laureles que adornan su tumba brillarán mas aun con la invencion de esa perla literaria, que debe estimar la Italia en mucho mas que una joya de la corona de sus reyes.

Una linda señorita, como de unos veinte años, toda vestida de blanco y llena de perendengues, fuè dada en obsequio á una niña de cinco años, como premio de su aprovechamiento.

¡Una señorita de veinte años!
Si que tal, de veinte años y un poco mas, si U. U. gustan; pero era de porcelana. Era una linda muñeca vestida con elegancia para ser obsequiada á la niñita Aurora Flores de cinco años, que como un dijecito rindió un excelente examen en el colegio de la Señora Paez, ante una gran concurrencia, con toda la serenidad y expedicion que pudiera la mas acostumbrada colegiala.

¡Esa niñita promete ser una alhaja!
Terminaré este Mosaico anunciando á las lectoras de "La Alborada," que los sombreros de crin y de blondas hacen furor entre las elegantes hijas del Sena. Se usan especialmente para el paseo de alamedas en carruaje descubier-to y para las expediciones del campo.

He visto las primeras muestras que de ellos han llegado á Lima, y no pasarán muchos dias, sin que se les halle de venta en los mas elegantes almacenes de comercio, donde los objetos de última moda se ven artísticamente colocados en sus grandes mamparones.

ADRIANA BUENDIA.

Aunque con algun atrazo, hemos recibido de Pacasmayo las siguientes soluciones, que publicamos agradeciendo á sus autores el entusiasmo con que ven los juguetes literarios de nuestro semanario:

Solucion á la adivinanza del N.º 18.

Coco.

MANUELA CACEDA.

Id á la Charada del N.º 18.

Napoleon

LEONIDAS HURTADO.

Solucion á la charada del N.º 19.

Peca de presuntuoso
Aquel que le causa pena
Ver posarse sin embozo,
Una cana en su melená.
Unos tratan de arrancarla,
Otros la esconden ó tiñen;
Mas ninguno á confesarla
Que la edad es quien la ciñe.
Hay en Ica una señora,
Doña Ana, de noble cuna,
Muy canosa y la enamoran,
Tan solo, por su fortuna.
¡"Qué lindas hebras de plata!"
Se dicen muchos galanes,
Y no es pues sino la plata
El móvil de sus afanes;
Mas para llegar al Santo
Se besa antes la *peana*,
Y es por eso que á Doña Ana,
Sin duda, la quieren tanto.
Es en fin, para concluir,
La muy célebre Doña Ana,
Un poco de *Ipecacuana*
Que entra y se vuelve á salir.

DALINA GAMBAENAD.

Solucion á la charada del N.º 20.

En las tres primeras creo,
Si equívoco no he sufrido;
Encontrar el A. B. C.
Que los mas han aprendido.
En la cuarta muy bien veo,
Al que *da* por propia ley;
Y en cuarta y quinta acentuada,
Darío de Persia rey.
Para concluir ya, diré;
Que *abecedario* es el todo,
Quedando dicha charada
Decifrada de ese modo.

E. L. DE R.

CHARADA.

Una letra es mi primera,
Otra letra es mi segunda,
Mi todo en viñas abunda;
? Quien lo adivina?—Cualquiera;

ADIVINANZA.

Yo nací de carne y hueso,
Aunque sin alma me ves;
Me cortaron la cabeza;
De ella, me hicieron los pies.
Ando al dia muchas millas
Al derecho, y al revés,
Llorando lágrima viva
Diciendo lo que quereis

B. DE C.

ERRATA.

En el número 19 en la composicion "Mi Lira" donde dice: que tú *despiertas* en mi corazon . . . léase: que tú *das* á mi pobre corazon . . .